

360-1 (Gen) Darquea
D224
1/2

Ricardo Darquea Granda

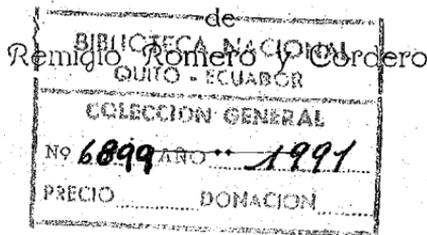
Alba Otoñal

Cancel

de

Victor Manuel Albornoz

Preludio



Cuenca - Ecuador
0002187 - J.

1939

Ciografía del Colegio Nacional "Benigno Malo".

Ediciones Culturales del
Colegio Nacional
"Benigno Malo"

Cancel

Para el libro primigenio de
RICARDO DARQUEA GRANDA

EN el envejecido arcón de los más dulces secretos, guardamos, a veces, la mustia flor que de los idilios queda. Al deshacerse los horizontes ilusionados de la adolescencia, también se cerraron para siempre los pórticos de infinito que nos entreabría con adorable mano la buena muñequilla de la iniciación de amor. Después, quizás aquella silueta se habrá desvanecido ya, eclipsada por la de las otras muñecas de más tarde; acaso hasta su nombre está entregado a las misericordias del olvido, pues que el corazón fanambulesco destruyó, ha tiempo, el juguete primerizo. Y, sin embargo, conservamos esa flor ajada, descolorida, esqueleto de la hermosura de otras horas, y la retenemos sin saber por qué, con pueril nostalgia de lo ido, en incesante tornar de ojos hacia las rutas pretéritas.

Tal pasa con RICARDO DARQUEA GRANDA. Se ató con ligadura fuerte a lo que fue su ayer, ese ayer que hoy —por sortilegio de evocación artística— perdura y se prolonga con el mismo dejo romántico del comienzo, con igual ingenuidad, con idéntica postura de melancólico afán de ternura, que cuando escribía los primeros versos, en el milagroso despertar del ensueño, mostrando frente y pecho desnudos a que los entibié con su leticia la juventud recién venida al cortejo de sus horas.

Su inspiración—insecto melodioso—gira constante en torno de las flores de su preferencia; y, así, ahora, ya en pleno vuelo, vuelve a buscar el jardín de siempre, después de todo tal vez el único: el del amor. Hoy, tal como en la edad de hambre de ternura y de hartazgos de sentimiento, hoy, sólo ansía revolotear bajo el mismo antiguo cielo de esperanzas, sobre los mismos plácidos alcores en que aprendió el ritmo musical de la canción, cuando a la sombra del rosal en flor emergía su figura deslumbradora la inolvidable mujer quinceañera.

Oh! esta ansia de vivir lo ya vivido,
de volver a las horas del pasado
y de amar otra vez lo que el olvido
y el tiempo para siempre han sepultado!

Y es que el alba sentimental de la iniciación cobra, para él, caracteres de eternidad. Cada uno de sus poemas hace pensar en un sol apacible que quiebra los siete dardos de su aljaba sobre fontanas dormidas que, a su beso, se irisan y parecen despertar perezosamente; pero tened en cuenta que es un sol naciente sobre los riscos de la serranía, sol que alumbraba y no quema, que desentumece las alas aunque no pone en los nervios el impetu de la jocosidad incontenible. Siéntese la impresión de una ALBA OTOÑAL con brumosas que invitan al ensueño, con rigideces glaciales que hacen desear el cobertor de pajas de un nido: alba maravillosamente perpetuada a través de todo el fluir de los versos y de todas las vicisitudes de la existencia, siempre amanecer de estación triste; alba otoñal, quizá hoy con un poco menos de ilusiones y un poco más de frío, si bien en el fondo idéntica, compenetrada como se halla con el propio ser.

.... Creo que el alma de lo que tiene frío
es el alma que tiene también mi soledad.

Porque también es un solitario éste que canta con nota acordada cada vez que la melancolía lo invade con la humedad cordial de los cariños o con la acechadora ventisca de las nostalgias. Busca el refugio de la soledad—hostil asilo que nunca falta al infortunado—para eficaz consagración de todo pensamiento al objeto de su culto de amor. No serpentean lenguas de fuego en ese altar de adoraciones: sólo la trémula lamparilla de aceite va extinguiéndose sin chisporroteos, en la agonia del silencio morosamente remiso en entregarse a la muerte.

Sensualidad, no la conoce. La musa de túnica que se satura en voluptuoso alarde no asoma aquí sus pupilas subrayadas con la tinta violeta del deleite hecho contracción y espasmo. Su canción—en que el ritornelo de la queja da la nota lancinante—tórname música blanda, enferma con enfermedad de saudades inextinguibles, cuyo leve suspiro o entrecortado sollozo brota únicamente para sepultarse en el ánfora en que debe ser guardado cuanto es bello.

Su canción no busca oídos desdeñosos o aseguibles de mujeres que alumbran o ensombrecen los recodos de nuestros caminos de la tierra. Como la flor de los últimos picachos andinos, que nace para su propio regalo; como la opulenta brotación del coral, que se esconde al fondo de los mares—maravillas, ambas, que no esperan la codicia del ojo pasmado ante su hermosura—, así, las estrofas que este libro encierra se derraman de una cornucopia de arte sencillo, entregándose en ofrenda a una diosa imposible, siempre entrevista y nunca alcanzada.

Las endechas de DARQUEA inspiranse en el paso intangible que cerca de él da—para amable tormento, deleitosa provocación—la amada ideal, aquella que todos hemos soñado o seguimos soñando todavía con persistencia fácil de explicar, ya que, de todas las amadas, ésta es la única que no traiciona ni causa desengaño. Tal amor no sólo permanece

latente, sino que, día a día, se lo acrecienta con los despojos que el mar de la vida arroja a las riberas en cada nuevo naufragio del corazón, empedernido siempre en volver a las procelosas ondas. Y es que se trata de un amor con plentitudes de infinito, forjado y mantenido por el poder supremo de la fantasía, reina que atalaya lo inconmensurable, todo lo abarca y jamás acepta lindes.

Sin embargo, en todos estos versos palpita sinceridad honda, de raíz que busca la entraña fecunda que la vigorice con su savia. Responden no sólo al momento anímico en que surgen; también han recibido, previamente, riegos apropiados para su mejor lozanía y más pomposa floración. El salitre que usa su autor es el de las penas, no buscadas ni fingidas, antes aceptadas en dote desde que en el alba —la primera y más fatídica de sus albas otoñales— la ruta se le entenebrece al golpe abatidor de la orfandad, si triste siempre, tal vez más lacerante en los que llevan el sentimiento a flor de piel.

Por esto, en el libro que vais a leer, hallaréis: ingenuidad, algo desacostumbrada para quienes creen que en el arte sólo caben exquisiteces de expresión y enmarañamientos de la idea; delicadeza en el sentimiento, sin recurrir a lo grotesco de las lágrimas; ternura romántica, vertida suave, despaciosamente, desde ocultos veneros del corazón apto a sentir los latigazos de la emoción poética. Veréis la herida, acaso discretamente empurpurada por la sangre; pero no encontraréis el exutorio, la llaga hecha adrede, coronada de podre por las manos espúreas del convencionalismo y el artificio.

Ningún momento la sombra es de tragedia. Este enfermo de males del espíritu, conserva al lado la tisana reconfortadora y calmante. Se ha encariñado con el hierro de sus prisiones.

Fatalidad, llena de gracia
por el espíritu de Dios. . . .

Y es que este poeta aún suele descubrir la frente y el pecho desnudos a que los bañe el viejo sol de amor, que— para deslumbramiento de su reiterada, maravillosa ALBA OTOÑAL—sigue quebrando los siete dardos de su aljaba ya sobre aquello que en el pecho le palpita, lo quebranta y le hace sentir, ya sobre aquello que en la frente se le incendia le atormenta y le hace pensar.

VICTOR MANUEL ALBORNOZ

(Cuenca—Ecuador)

Preludio



ALBA otoñal... Un viejo violín que el sueño rasca,
a la hora en que la luna cae más amarilla
sobre los parques íntimos, crujientes de hojarasca
y llenos de un cansancio de savia y de semilla....

Alba otoñal... La calma de agosto que se masca...
vacilación de aurora que brilla y que no brilla...
Un poco de luz blanca que se ase a la carrasca,
manchada con el tamo reseco de la trilla...

El campo, en enigmático silencio, abre los ojos
con toda la pereza del fruto ya rendido...

Como sombras de nubes, pasan por los rastrojos

sombras de cosas muertas, sombras de tiempo ido...

Y uno ve que, tendiendo lazos de hero y tramojos,
se acuesta, bajo un árbol, y se duerme el Olvido...

REMIGIO ROMERO Y CORDERO.

ALBA P T O Ñ A L

ALBA OTOÑAL

ALBA otoñal, alba mía!
luces de aurora y crepúsculos...
ritmos de melancolía...
dulcedumbre de canciones!

En tí sonríe la vida,
en tí solloza la muerte;
eres sangre de la herida
que abrió en el alma la Suerte.

Aureo cofre en que he guardado
recuerdos de lo vivido:
algo de todo lo amado
algo de tanto perdido!

* * *

Hermanos míos, oh, hermanos
en pena y desolación,
aquí dejo en vuestras manos
—hecho libro— el corazón.

Y a vosotras, bien amadas,
quiero ofrendaros también
estas hojas arraucadas
del árbol del Mal y el Bien.

Vuestros ojos me inspiraron
vuestro amor les dió la vida,
y con sangre de mi herida
vuestras plantas las hollarou!

* * *

Amor! si fuiste la luz
que iluminó mi sendero,
también me diste, el primero,
un calvario y una cruz!

Dolor! tú has sido mi hermano,
dolor! tu has sido mi bien,
no importa que, con tu mano
que redime y que perdona,
hayas puesto la corona
de espinas sobre mi sien.

Y mientras la Vida quiera
de su gracia hacerme el dón,
la angustia de mi canción
la llevaré por doquiera
adentro del corazón...

* * *

Alba otoño!, alba mía!

luces de aurora y crepones...

ritmos de melancolía...

dulcedumbre de canciones!

ES ELLA....

ALMA mía, ha llegado la bendecida hora
en que las sombras huyan y florezca el amor,
Ya para tí se anuncia de otro día la aurora...
Arrodillate... es Ella... la Diva... la Mejor.

La que, al milagro sumo de sus fascinaciones,
de Monna Lisa evoca la gracia espiritual;
la que sugiere el ritmo de gloriosas canciones
en un florecimiento de excelsa idealidad.

No temas, alma mía... arrodíllate... es Ella,
que se anuncia en tu noche cual la primer estrella,
mensajera de gracias y de consolación.

¿No ves cómo se aleja, cargada de quimeras,
por el mar de la vida, sin linde ni riberas,
la carabela trágica de la desilusión?...



NOMBRE TUYO

AMADA, en el silencio de mi dolor te invoqué
lo mismo que el creyente que alza a Dios su oración;
es tu nombre un poema que sólo yo conozco
y lo llevo escondido dentro del corazón.

El ensalma las horas de mi angustiada vida,
pone luz en mi noche y en mi sendero rosas;
es la nota más dulce, la nota incomprendida
que surge como el himno del alma de las cosas.

En los éxodos tristes de mi peregrinaje,
cuando el dolor me brinda sus ánforas letales
y enmudece a mis quejas el alma del paisaje,

te llamo, y es tu nombre como conjuro santo
que, milagrosamente, cura todos mis males
y hace brotar en ritmos de alegría mi canto...

N E N A

NENA, Nena, eres tan bella
y hay én tí tantos halagos,
que si te vieran los Magos
te proclamaran su estrella.

No te asomes al balcón;
de los Reyes tengo celos;
no vayan, en sus anhelos,
a robarte el corazón.

Ven, y pasemos las horas
aquí, junto al Nacimiento.
Nena, te contaré el cuento
del Hada de las Auroras.

Y tú me miras, me miras
como sabes tú mirar;
cuando te quiero robar
un beso . . . ¿por qué suspiras?

No te aflijas que, mañana,
si los Reyes no son malos,
nos dejarán sus regalos
como siempre en la ventana.

Oye el cuento:—Erase una Hada
de hermosura sin igual,
que en un torreón de cristal
la tenían cautivada.

Por ella, cien valerosos
paladines combaticron,
pero jamás consiguieron
ser con ella venturosos.

Así pasaban los años,
y el Hada se consumía,
de tanta melancolía
y de tantos desengaños.

Al fin, dicen que esos cien
guerreros, por ser tan bella,
convirtiéronla en la estrella
de los Magos de Belén . . . —

Pero, Nena, te has quedado,
oyendo el cuento, dormida;
despierta, Nena querida,
que los Reyes ya han pasado.

Y despertó, como el día,
toda llena de rubores:
era un manojo de flores
que recién amanecía! . . .

Yo la quedé contemplando,
con emoción infinita,
y en mi mano su manita
sentí que estaba temblando.

Con infantil embeleso
yo la estreché dulcemente,
y en los rizos de su frente,
dejó mi alma el primer beso . . .

Me miró . . . bajó los ojos,
posó en mi hombro la cabeza,
ocultando los sonrojos
que aureolaban su belleza.

Y luego dijo: mañana,
si los Reyes no son malos,
nos dejarán sus regalos
a los dos en la ventana.

Mas llegó en vano ese día
y pasó esa Navidad,
y hoy es luz de mi orfandad
tu recuerdo, Nena mía . . .

Llorando mis soledades
y añorando lo pasado,
en mis sienes han nevado
no sé cuántas navidades . . .

LUNA CREPUSCULAR

Y FUE esa tarde, cuando el sol se hundía
tras la lejana y solitaria sierra,
que en éxtasis de ensueño me decía:
«Cuán hermosa es la tarde en nuestra tierra. . . !—

De los follajes trémulos surgía
un cántico de amor en dulce coro,
y la luz en poniente parecía
una flotante cabellera de oro.

Se esfumaba el paisaje lentamente,
y en el confín la luna aparecía,
como una virgen pálida y doliente . . .

Nívea Julieta de Romeo ausente
que, desde su balcón, le despedía
con un beso de luz sobre la frente . . .

SOL DE INVIERNO

—Y A TIENES una cara—me dijo entristecida,
hundiendo sus manitas en mi melena oscura.

—Por qué enturbia tus ojos esa expresión dolida
y tiembla entre tus labios un dejo de amargura?

¿Acaso no te adoro así como es tu anhelo,
acaso en mis pupilas tu imagen no se mira?

¿No dices que mis besos son tu mejor consuelo
y que yo soy la musa que tus versos inspira?—

Calló... Y ante el silencio que guardaba, inclemente,
besó esa primer cana, apasionadamente,
pagando con ternuras la hiel de mis agravios.

Y mientras con sus manos mi frente acariciaba,
miré que de sus ojos negros se deslizaba
una lágrima ardiente que apuraron mis labios...

SOBRE LAS RUTAS COSMICAS

POR QUE tienen tus ojos tanta melancolía
y contrae tus labios un rictus de amargura?

Acaso un desencanto de amor te ha vuelto triste
poniendo pinceladas de sombra en tu hermosura?

Mírame, cómo llevo dentro mi alma tu herida,
contigo también siento nostalgias y dolores,
por eso desde niño he sido siempre triste,
por eso en mis jardines sólo hoy ruinas de flores.



Mas, no dejes, Amada, que esas penas marchiten
las rosas que florecen tu jardín de ilusiones;
aún la vida tiene para tí sus sonrisas
y Amor te abre las puertas de tantos corazones.

Unamos nuestras almas y vamos por la senda
que el Destino ha trazado igual para los dos:
Amor hará el milagro de nuevas floraciones
y con las manos juntas iremos hasta Dios...

NOCTURNO

EL INVIERNO ya se acerca
con su corte de misterios y tristezas...

Alma mía! Por qué tiemblos?

Es el viento que solloza y finge ruegos
al pasar entre las frondas de las palmas y los molles...

El Invierno se aproxima con su corte de misterios y dolores...

Ven, amada!

quiero hundir mi frente palida en tu negra cabellera,

y, al oído, repetirte,
con la dulce suavidad de una plegaria
los dolientes madrigales,
los nostálgicos rondeles
que en loanza de tus ojos escribí...

Mira, amada:

en la torre de la iglesia
y en las cruces que se alzan a la vera del camino,
como esfinges que interrogan a la Vida,
se han posado las lechuzas agoreras,
mensajeras de la muerte
que, en las horas de silencio,
cuando todo duerme en brazos del misterio,
tu alma llenan de temores y de angustias
con sus voces de ultratumba.

No te asustes!

Es el viento que solloza y finge ruegos
en las copas de los molles y en las frondas de las palmas...
Pon tu mano sonrosada entre las mías

y oye el ritmo de los versos
que en elogio de tus manos escribí:
-- ... Manos blancas y rosadas,
que florecen en ternuras
ya posadas en mi frente,
ya escondidas en las mías,
ofrecedme los azahares de la dicha
en las mágicas caricias de un amor que se haga eterno.

Salve! manos,
manos blancas y rosadas,
sed benditas y adoradas ¡manos blancas de mujer! ... —

Alma mía!
tú, la dulce inspiradora de mis sueños de poeta,
yo te adoro,
porque tienes en los ojos soñadores
el misterio y la negrura de las noches invernales;
porque sueño con tus besos y tus férvidas caricias;
porque sabes comprenderme,
porque lloras,

porque lloras, cuando sabes que yo sufro,
porque me amas como te amo,
yo te adoro, dueña mía!

Di ¿no escuchas
allá lejos, allá lejos,
en la senda solitaria que confina con el blanco cementerio,
los aullidos clamorosos de los perros?
¿Porque tiembles y me miras con miradas suplicantes?
No son gritos de ultratumba . . .
No es la muerte que se anuncia . . .
Son los perros vagabundos que en las sendas solitarias
aúllan tristes presintiendo
que el invierno se aproxima
con su corte de misterios y tristezas y dolores,
y huye el viento sollozando,
y en la torre de la iglesia
graznan tristes las lechuzas agoreras . . .

Esta noche no han salido las estrellas:
son tus ojos los culpables. dueña mía! . . .

Oh, mi amada,
ven y esconde tus manitas sonrosadas
en mi oscura cabellera;
y en mi frente, en que el dolor dejó sus huellas,
pon tus labios virginales como flor de eucaristía.
Yo no sé por qué presiento que esta noche dolorosa,
precursora del invierno,
en que todo nos parece que solloza,
es la triste mensajera
de un futuro
de amarguras
y de lágrimas! . . .

CLARO DE LUNA

JUGANDO con los rizos de tu melena bruna,
tus ojos me miraron indiferentemente;
y mientras sollozaba su elegía la fuente
se morían mis rosas en un claro de luna...

Nada te dije, nada... y en mis labios había
todo un florecimiento de palabras de amor...
Guardé con tus desdenes mi melancolía,
y mientras tú reías, yo bendije al Dolor...

—Amargas realidades, contrastes de la vida,
que cada vez se ensaña más y más en la herida
que sangra en lo más íntimo del pobre corazón—

Continuaste jugando con tu melena bruna,
y cuando de tu lado me separé, la luna
besaba el deshojado rosal de mi ilusión . . .

MISTICISMO DE AMOR

NO SE LO que ha pasado, Señor, en la alma de ella:
ya no es la misma de antes tan buena y complaciente;
¿por qué tan pronto eclipsas de mi dicha la estrella
y me hundes en las sombras de esta noche doliente?

Yo no tengo otra culpa que la de amarla tanto
y haberla consagrado toda mi vida en flor.
Acaso sólo quieres que en mi ferviente llanto
encuentre el lenitivo para tanto dolor?

Las rosas que sus manos me dieron hace días
—las que juntos miramos brotar en el rosal—
parece que sabiendo las desventuras mías
se están muriendo todas de un misterioso mal...

Señor, yo me resigno porque Ella lo ha querido
—el dolor es tan dulce cuando se sabe amar.—
Ya nunca serás mía... Amor, si no he vertido
todo mi llanto, deja que acabe de llorar!...

DIVAGACION SENTIMENTAL

QUE haré cuando te busque, y no te encuentre,
que haré cuando te llame y no respondas,
cuando en vano mi frente se debata
buscando cabezal en tu regazo?

La pena de tu amor y tu recuerdo
me irán haciendo cada vez más triste;
mi corazón, como una flor enferma,
su último aroma exhalará en tu ausencia.

En vano esperaré que las mañanas
me traigas flores para ornar mi mesa:
sólo veré las últimas ya mustias,
deshojándose así como mi vida.

Y tus ojos que tanto me han mirado,
que fueron lumbró de mi oscura rufa,
tus ojos negros que he adorado tanto
quizá no vuelvan a mirarme nunca!

Contigo se va la última esperanza
que halagó la aridez de mi existencia;
y pienso, amada, que al quedarme solo
la Muerte siempre rondará mis pasos! . . .

RITORNELO LANGUIDO

NO TE vayas, mi amor, la vida es dura,
tiene tanta crueldad, tantos engaños . . .

Aparta de mí el cáliz de amargura,
no acibares así mis desengaños.

No te vayas, mi bien; no despedaces
con un postrer adiós todas mis flores;
las horas de ventura son fugaces,
y eternos, en el alma, los dolores.

No te vayas, mi amor. Mira: el Olvido
camina tras la Ausencia. Acaso, un día
cuando quieras volver, esté extinguido
para siempre este amor del alma mía . . .

No te vayas, mi bien, serán tan tristes
los días que esperándote se acaben;
y en vano pensaré por qué te fuiste . . .
y querrán que no llere . . . Es que no saben! . . .

No te vayas, mi amor! Cuando te llame
sólo el silencio escuchará mi pena;
será inútil la voz que te reclame . . .
No te vayas, mi amor, si eres tan buena! . . .

PERDONALE, SEÑOR ...

ME BESADO sus labios, he besado sus ojos,
he besado los rizos de su melena bruna;
y al pie de la ventana y al amor de la luna,
Señor, para mirarla me he postrado de hinojos.

Por ella he convertido mi pecho en un santuario
y arranqué de mi lira los más dulces acentos;
como un bouquet de flores le di mis sentimientos;
y sólo por amarla he sido un solitario.

Mas, ay! Señor, tú sabes que todo ha sido en vano:
cuando voy hacia ella ni siquiera la mano
me extiende como puede extenderla a un mendigo . .

Perdónale por tanto como ella me quería,
perdónale por toda mi loca idolatría,
que yo también del fondo del alma la bendigo! . . .

DEJAME SOLO, HERMANA. . .

DEAMBULABA en la noche de mi eterna tristeza
sin saber hasta dónde me iría en el camino;
cuando, allá en un recodo perdido de la senda,
te hallé, como el Rabino a la Samaritana.

Tenía sed, la sed de las almas enfermas
de azules horizontes y amores imposibles;
deambulaba en la noche de mi eterna tristeza,
como el Rabi en los yermos caminos de Judea.

Fue entonces que tus manos, piadosamente bellas,
se unieron a las mías con fraternal cariño;
pero, luego, la Vida implacable y austera,
cambió en lúgubres sombras la luz que amanecía.

Déjame solo, hermana . . . El camino es muy largo
y pueden asustarte las sombras de mi noche;
olvida que en la ruta amarga de la vida
te hallé, como el Rabino a la Sauraritana . . .

Llevabas en tus ojos fulgores de alborada
y en los blondos cabellos los oros de la tarde;
eras amor y ensueño, y eras todo, sí, todo
lo que me está vedado en el largo camino . . .

Déjame solo, hermana . . . No quiero que en la copa
en que apuro el acíbar de mis desesperanzas,
pongas tus dulces labios, que tan sólo se hicieron
para libar los néctares del Amor y la Vida.

Tu corazón y el mío jamás pueden juntarse,
les separa un abismo de impenetrables sombras;
en tu camino cantan Amor y Primavera
y en el mío salmodian la Muerte y el Olvido . . .

Déjame sólo, hermana . . . No quiero que tus manos
se junten a las mías con fraternal cariño;
mis manos sólo deben acariciar ahora
el cayado que guía lo errante de mi paso.

Déjame sólo, hermana; déjame solo y triste,
la noche de mi vida ya no tendrá mañana;
y olvida que en un largo recodo del camino
te hallé, como el Rabino a la Samaritana . . .

M A R I A

I

CONOCI de la vida la ventura
en el jardín que me brindó sus flores,
cuando al mirar tu cándida hermosura
despertaron, de pronto, mis amores.

Entonces supliqué a la primavera
que, al borde de los rústicos senderos,
para tu santa comunión primera
guarde las flores de los jimoneros.

Y luego... cuántas otras ilusiones
que, al correr presuroso de los años,
se cambiaron en nuestros corazones
en amargor de negros desengaños.

Hasta que un día, con adusto ceño,
vino a romper la mano del destino
las dulces esperanzas del ensueño
que ocultaba las zarzas del camino.

Fue preciso dejar la dicha trunca,
matar los corazones... y, al postrero
lampo de aquel amor, saber que nunca
la volvería a ver en mi sendero.

En sus labios marchitos de quebranto
loco posé mis labios con vehemencia
y, al mismo tiempo que Ella, vertí hanto
al pensar en la angustia de la ausencia.

Contemplé el limonero florecido
como escarnio para esa despedida...
y me alejé temblando, como herido
por el dolor supremo de la vida.

II

Después... de mi dolor en el delirio
y al darme cuenta de la ausencia de Ella,
todo era noche en mi rector, Dios mío,
ni siquiera el fulgor de alguna estrella...

Y, lleno de ansiedad y de amargura,
el jardín y la casa recorría,
mirando con piedad y con ternura
cada cosa que de Ella me decía.

En su cuarto, pequeño y silencioso,
estaba todo desolado y frío,
sólo arrastraba el viento quejumbroso
las hojas secas del jarrón vacío...



Símbolo, acaso, de otras horas muertas,
cruel realidad de las venturas mías:
cuánto me dicen esas flores muertas
al arrastrarse por las losas frías...

En su sillón, el libro que aún tenía
no sé qué aroma de pesar y olvido;
algo que de Ella el corazón sentía
y hablaba a mi alma con febril latido...

Algo que en horas para mí lejanas,
bajo la sombra de los limoneros,
nos sorprendieron, juntos, las mañanas
aprendiendo lecciones los jilgueros.

Y dentro el libro aquel, mi nombre escrito
por su mano elemental y hechicera,
un pétalo de rosa ya marchito
y hojas de trébol que una vez la diera.

En la pared, con místico recato,
medio velado por la luz huraña,
estaba solo mi primer retrato,
donde tejía su telar la araña. . . .

Al centro del altar, la sien ornada
de fúlgidas estrellas,
se mostraba su Virgen adorada,
la que oyó tantas veces sus querellas
y supo sus pesares
al recibir los dones que le diera:
el velo y la corona de azahares
que Ella llevó en su comunión primera.

En sus ojos divinos ya no había
esa mirada dulce y soñadora,
ni en sus labios hermosos refulgía
esa misma sonrisa encantadora!

Le faltaban su amor, sus oraciones
y estaba triste como yo, Dios mío;
los bouquets que dejara en los jarrones
languidecían de abandono y frío...

En donde Ella vivió todo ha quedado
bajo un velo de sombras y misterio...
Por qué será que a todo lo olvidado
le envuelve soledad de cementerio?...

Silencio sepulcral!... Todo callaba
entre las sombras de la estancia fría...
Al fondo del jardín sólo cantaba
el surtidor con ritmos de elegía...

Oh, esta ansia de vivir lo ya vivido,
de volver a las horas del pasado
y de amar otra vez lo que el Olvido
y el tiempo para siempre han sepultado!..

III

Desde entonces, doliente peregrino,
he cruzado sin rumbo tanta senda,
librando con mi lúgubre destino
por cada hora de vida una contienda.

Cuántas veces ansioso de consuelo,
sintiendo el alma como envejecida,
pedí a otros ojos de color de cielo
caridades de amor para mi vida.

En vano imaginé que encontraría
de mi primer amor igual ventura:
ficción que al alma el corazón mentía
para llorar después cruel desventura!

—Oh! este intenso anhelar porque la vida
tras el fulgor de un ilusorio encanto,
nos haga ver de la verdad la herida,
la única flor que no marchita el llanto!—

Así, solo, sin ruta conocida,
marco con sangre en el orial mi huella,
ansiendo que en la noche de mi vida
nunca se eclipse mi primer estrella!

NOCHE DE BODAS

MARUJA, ¿no te acuerdas del tiempo en que era niño
y te ofrendé en capullo la flor de mi cariño
bajo las madresevas de tu jardín en flor?
Entonces fue mi empeño buscarte mariposas,
vagar por los alcores, para llevarte rosas,
creyendo que era mía la dicha de tu amor.

¿Te acuerdas de esa noche de encanto y de alegría?
La luna desde el cielo su plata diluía
sobre las hojas tristes en pálido fulgor;
en el jardín sonaban, entre las dulces risas
de la infantil caterva, el salmo de las brisas
y los llorosos ritmos de un viejo surtidor.

La dicha, en ese instante de extrañas emociones,
fundía en uno el ritmo de nuestros corazones
donde el ensueño abría sus mirajes de azul!
Los niños nos decían, risueños y habladores:
juguemos a los novios, cual juegan los mayores;
Maruja hará de novia, y el novio seas tú.

La risa estremecía la paz de los jardines;
buscábamos azahares y lirios y jazmines
que dieran a tu frente su albo nimbo nupcial.
Quedaste como reina, radiante y venturosa,
tocada de clavos, perdida entre las rosas,
tendiéndome tu mano de princesa oriental.

Qué casta tu belleza! Con infantil recelo
tus trenchas de oro ornaste con vaporoso velo,
más que los lirios blanco, más blanco que el azahar;
y todos te miraron en un claro de luna,
y todos te admiraron, pues parecías una
magnolia que se abría bajo el amor lunar.

Cabe un altar que tuvo frescura de corolas,
con nieve de azacenas y sangre de amapolas,
pusiéronse los niños, como en guardia triunfal.
Y al centro víonos, juntos, a nosotros unido,
el rapaz más travieso que , en Cura convertido,
nos dió con toda pompa la bendición nupcial.

Llegó el solemne instante, mi bella prometida?
tu SI lo pronunciaste con timidez fingida,
y ante el concurso atónito, jugando te besé...
En hurras estallaron los niños, y ardoroso
alguno de ellos quiso hacer también de esposo;
fue mi primer tristeza: me acuerdo que lloré...

Qué dulces esas horas! Los niños más traviosos
por tener mi ventura colmáronte de besos,
y te aclamaron reina del florido jardín...
Cantaba epitalamios la fuente entre la umbría...
Y astro de aquella noche, te ocultaste, María,
con mi itusoria LUNA DE MIEL en el confín...

Umbrías del Camino

MADRE FATALIDAD

FATALIDAD, con tus rigores
me has lacerado el corazón;
sólo hay cadáveres de flores
en la ánfora de la ilusión.

Tú, que en la cuna me adormiste
al son de un canto funeral,
y llena de gracia me ungiste
del estigma de lo fatal.

Fatalidad, llena de gracia
por el espíritu de Dios;
Fatalidad, madre desgracia,
oye el reclamo de mi voz:

Que sea mi camino largo,
largo, que tengo que beber
gota a gota el licor amargo
del padecer;

que las espigas del camino
mis plantas hieran sin piedad,
anhelo ser un peregrino
del dolor y la soledad;

quiero una noche honda y oscura
como mi mal;
quiero rimar de mi amargura
el postrer canto funeral.

No me llegue a mí la ventura
que es un halago del vivir;
quiero en mi ferviente locura
sufrir, sufrir y más sufrir...

Y así adormirme en tu seno
a que me arrullen tus canciones,
mientras apuro el cáliz lleno
de todas mis desilusiones.

Fatalidad, con tus rigores
me has lacerado el corazón;
sólo hay cadáveres de flores
en la ánfora de la ilusión...

Fatalidad, llena de gracia
por el espíritu de Dios;
Fatalidad, madre desgracia,
oye el reclamo de mi voz...

MADRECITA

HACE tiempo, madrecita,
estoy llorando tu ausencia,
pues otro halago no tengo
que consuele mi existencia.

El día que te alejaste,
recuerdo que alguien me dijo:
—Cuando las madres se mueren
nunca se olvidan del hijo.—

Por esto, cuando en las noches
de tristeza y desconsuelo,
miro lucir las estrellas
en la soledad del cielo,

son para ellas mis ternuras
y todos mis enbelesos,
porque en sus rayos yo creo
recibir, madre, tus besos.

Desde tu adiós ha pasado
tanto tiempo, madre mía,
que hasta el rosal que fue tuyo
murió de melancolía!

Ya ves, no tengo ni flores
para llevar a tu huesa,
sólo me quedan las lágrimas
para llorar mi tristeza.



Recuerdas? . . . en esas noches
de soledad, madre mía,
al conjuro de tus besos,
sollozando te decía:

—Madre, ¿qué haré si la muerte
me priva de tu ternura,
a quién pediré consuelo
en mis horas de amargura?

—No me olvides, hijo mío,
piensa que desde los cielos
vendré a mitigar el llanto
de tus hondos desconsuelos.—

Olvidarte?: nunca! nunca!
si eras tan dulce y tan buena,
que fue tu adiós en la vida
mi primer y única pena!

Hoy que estoy solo y tan triste
porque no estás junto a mí,
porque ya nadie me quiere
desde que lloro por tí,

cómo olvidarte podría
si fuiste, madre, tan buena,
que hasta hoy tu santo recuerdo
es dulzura de mi pena.

Piedad! no me dejes solo,
madrecita, en mis dolores,
¿no ves que también se muere
de pesar hasta las flores? . . .

MI VIEJA CRIADA

Y A ESTA viejecita
mi vieja criada,
la que fue conmigo cariñosa madre
desde esa mañana en que se hizo
la noche en mi alma . . .

Después de diez años de ausencia
del valle natal y querido,
escribire una carta muy larga,
una carta manchada de lágrimas
y llena de todos los dulces recuerdos
de mi pobre infancia.

Al ver esa carta,
mi vieja criada,
me enentan que cada palabra leía
llorando, llorando . . .

En ella le dije
que su *niño Rico*
estaba ya viejo, tan viejo como ella,
por los sinsabores y los desengaños;
le dije que en esos cabellos,
brilantes y negros,
que siempre rizaba
con tanto cuidado y cariño,
cuando iba con ella a la iglesia,
cuando iba con ella a visitas,
ya habían cabellos muy blancos,
iguales, iguales
a esos que aureolan su vieja cabeza.

Le dije, que aún en el cofre secreto,
que guarda reliquias de tiempos pasados,
éonservo, con culto y cariño,

su viejo rosario de cuentas de nácar,
un libro de misa que fue de mi abuela
—de su niña grande—
y un blanco Detente que puso en mi pecho
cuando era chiquillo,
y un rizo castaño de mi madrecita...

Le dije, que ya en mis mejillas
no había ese vivo color sonrosado
que tuvo mi madre;
que estaba muy pálido,
que estaba muy triste,
que ya no reía,
que ya no jugaba,
que sólo lloraba,
que sólo vivía...

Y al fin de la carta,
temblando de penas y presentimientos,
le dije a mi vieja criada,
que nunca le espere a su niño Ricardo,

que hay algo que impulsa sus pasos
más lejos, más lejos
del valle natal y querido . . .

Y junto a un pequeño retrato
le envié, entre otras cosas,
un rizo brillante de jóvenes canas,
a que lo guardara con el rizo negro
que, aquella mañana de mi despedida,
al darme el abrazo postrero,
me pidió llorando . . .

Pobrecita mi vieja criada,
la que hizo conmigo de madre,
qué pena tendrá, cuando un día
le digan que ha muerto su niño Ricardo! . . .

LA NIÑA DE LA CASA VIEJA

1

EN una casa de paredes viejas,
rendida por los siglos que ha vivido,
con su ventana de vetustas rejas
que parece habitada del olvido;

En esa casa, colonial y triste,
de la ventana lúgubre y ruinosa,
en esa casa existe
la niña rubia, angelical y hermosa.



Todas las tardes, cuando el sol declina,
con misterioso anhelo
asómase al balcón, mira la esquina,

y al verla, a su pesar, tan solitaria,
alza los ojos y mirando al cielo
murmura por su amor una plegaria...

II

Todos los días, a la misma hora,
cuando sonríe el sol de la mañana,
y va al templo la gente rezadora
a la primera voz de la campana,

se abre la puerta, conventual y añeja,
y detrás de su tío octogenario,
sale la niña de la casa vieja,
con el libro de misa y el rosario.

Y paso a paso, sin decirse nada,
entran al templo, póstranse de hinojos
y unen su voz al matutino rezo. . .

Se acerca a comulgar, ruborizada,
y es la hostia blanca entre sus labios rojos
rayo de luna entre claveles preso. . .

III

Es de noche. La luna, dulcemente,
alumbra la ciudad... Pasan las rondas...
Una campana dobla tristemente
y gime el viento en las cercanas frondas.

La uña de la casa desolada
contempla de la luna los fulgores,
mientras besan su frente immaculada
de un viejo macetón las rojas flores.

Allí, por la calleja abandonada,
Pierrot, con su doliente mandolina,
toca una serenata a su adorada...

La niña, suspirando, ve la esquina
y tiembla emocionada
pensando:—Si yo fuera Colombina!...

DOLOR, VIEJO DOLOR

DOLOR, si desde niño
fui dócil y apacible,
en qué pude ofenderte
para que así me hieras?
Acaso por ser bueno,
acaso por ser triste,
en mis sienes clavaste
tu corona de espinas?

Dolor, eres tan viejo
que, al no sentirte, lloro...
Dolor, si hoy me dejaran
de herir tus inclemencias,
ya no fuera tan bueno,
ya no fuera tan triste.
Dolor, eres mi sangre,
Dolor, eres mi vida...

Cuando me encuentro solo
a merced de tu saña,
Dolor, cómo me hieres,
Dolor, cómo me matas!
Dime ¿hasta cuando vives
adentro de mi alma?...
Dolor, eres tan viejo
que, al no sentirte, lloro!...

EN EL TEMPLO

RESPLANDECIA el templo a los fulgores
trémulos de policromas brujías;
en el Coro el armonio y los cantores
poblaban el santuario de armonías.

I allá, tras de las rejas que velaban
las cortinas con sombras de misterio,
se oía de las monjas que rezaban
el murmullo doliente del Salterio.

Ella, entre la penumbra funeraria,
dejando al fin el libro que leía,
miróme al arrebol de sus sonrojos. . .

Las monjas continuaron la plegaria;
y, mientras el altar resplandecía,
se inundaron de lágrimas sus ojos! . . .

FILOSOFIA

¡Oh! este tenaz fastidio que dura con la vida:
siempre las mismas cosas y las mismas escenas,
sabiendo que tenemos la sed inextinguida
de apurar otros goces y saber de otras penas.

Bendito el dulce ensueño que nos lleva al distante
país, donde encontramos lo bello y lo ideal:
lo que olvidar nos hace, tal vez, por un instante
todo el éxodo amargo de esta vida fatal.

Y alejados de todas las miserias humanas,
vivimos del encanto de esas dichas lejanas,
llovando dentro el alma la azul inmensidad...

Pero, ay! pasan las horas de ese fugaz delirio,
y tan sólo nos queda, para eterno martirio,
la sonrisa sarcástica de la cruel Realidad...

LA TRAGEDIA DE LUZ EN EL SANTUARIO

Allá, al fondo sombrío del altar enlutado,
que inspira hondas tristezas al alma en oración,
brilla en un vaso rojo, junto al Cristo enclavado,
una luz que parece morir de inacción.

Se oye el rumor del rezo, entre los graves sonos
del órgano vetusto que gime sin cesar;
y las flores enfermas, en los grises jarrones,
se inmolan silenciosas perfumando el altar.

Una voz en el Coro interrumpe el misterio
con las lúgubres notas de fúnebre salterio,
que temblorosas vibran con eco sepulcral.

Y allá, al fondo sombrío del altar enlutado,
la luz que agonizaba junto al Cristo enclavado
al fin muere en el fondo del vaso de cristal. . .

CENIT

EL cenit! Atrás el camino estéril y largo,
y entre las densas sombras del tiempo que lo esconde,
una luz... flores muertas... engaños... y lo amargo
de la vida, que continuará no sé hasta dónde...

El cenit! Y luego el misterio impenetrable
de un lóbrego futuro que si lo presentimos,
porque alma y corazón el Destino implacable,
los cautivé en los antros de negro pesimismo.

La madre, las amadas que adoramos un día,
la infancia que acabóse con la última alegría,
la juventud que presto le diremos adiós...

Y nada que nos quede para el camino largo,
ni una luz, ni una flor, ni siquiera lo amargo
de la vida, la eterna carejada de Dios...

ANHELO FINAL

Ojalá, si a pesar de todo, yo pudiera
en el silencio de una noche oscura,
emprender una seuda a la ventura
con toda mi aflicción por compañera.

Y caminar con rumbo hacia la arcana
linda, en que el sol apaga sus fulgores;
y en esa eterna noche, noche hermana,
entregarme al placer de mis dolores.

Juego, haciendo de mi alma una alegría,
en brazos de mi gran melancolía,
la amargura cantar de lo vivido.

Hasta que al fin, la Muerte, dulce y buen
con su beso glacial mate mi pena
y me hunda en el misterio y el olvido...

Alma Andina

ROMANZA DEL SOMBRERO DE PAJA TOQUILLA

Poema laureado con Medalla de Oro
en el Concurso Literario Nacional pro-
movido en Quito por el Comité de pro-
paganda de Industrias Nacionales.

I

ESBELTO, flexible y hermoso,
así lo tejieron sus manos,

tán finas, tan blancas,
con esa blancura que luce
la paja toquilla.

Mi viejo sombrero
fue el pobre regalo que me hizo
cuando era mi novia:

¡si más no tenía que darme
mi Rosa María!

Ay! cómo la sueña y evoca
esta alma que tanto la quiso,
esta alma que siempre,
cuando la recuerda,
me sube a los ojos
en ola de lágrimas...

II

Allá, entre las quiebras de la serranía
y en medio de un bosque de sauces
y de capulíes,
se alzaba su blanca casita
que, vista de lejos,
de la pradería,
era como un remanso de luna
perdido en las frondas...

Cada vez que a su lado acudía
por verla y decirle mis cuitas,
¡—y cómo en mi vida
y cómo en mis ojos y dentro del pecho
su imagen vivía!
a la sombra del sauce la hallaba

o al tímido albor de la luna,
tejiendo y tejiendo
su blanco toquilla,
con esas sus manos tan finas
con esas sus manos benditas...

Qué anhelos de dicha sentía!
qué ensueños de amor me forjaba
en tanto sus dedos seguían
tejiendo y tejiendo
las pajas flexibles y blancas,
que a veces rociaba con agua del cielo
y a veces con agua de sus ojos negros...

Un día, de tarde,
toda ella encendida en rubores,
con voz que tenía dulzuras de ruego,
—Juanucho, me dijo:
pensando que ya se aproxima
la fecha de nuestro casorio,
me he puesto a tejer este fino sombrero:
será mi regalo de bodas,

mi pobre regalo!

Bien sabes, Juanucho, bien sabes
que yo nada tengo que darte...!

III

Después... ese mismo sombrero
que de novia tejieron sus manos
para nuestras bodas,
—ay! bodas que nunca llegaron—
se ornó de una roja divisa guerrera
que, llena de pena y temblando,
la puso ella misma,
con esas sus manos tan finas,
con esas sus manos benditas...!

Y fue una mañana sombría,
con dianas y cantos guerreros.
Los tristes reclutas
dejamos el pueblo,
en tanto la vieja campana
unía sus voces dolientes
al llanto de madres, de novias y hermanas

que, desde el recodo postrer del sendero,
batiendo los blancos pañuelos
su adiós nos decían...!

Qué cruenta y qué larga
fue aquella campaña!
y cómo luchamos!
y cómo vencimos!
Mas, ay! los laureles de nuestras hazañas
trocáronse luego
en flores de duelo y olvido
henchidas de lágrimas...

De males de pena y de ausencia,
de tanto esperar y llorarme,
mi Rosa María
murióse una tarde de invierno
a la hora en que el sol tras la sierra
sus lumbres apaga,
y enciende la luna
su luz de tristeza...!

IV

Sombrero, mi viejo sombrero!
qué cosas me dices ahora
que siento su ausencia,
ahora que el alma me subo a los ojos
bañados de lágrimas...!

Sombrero querido,
testigo de todos sus crueles dolores
y mis desengaños,
el sol y la lluvia y el viento
y el polvo de tantos caminos
de blanco que fuiste
te han vuelto moreno!

Sombrero! Sombrero!
cual llevo en el alma
la herida incurable que me hizo la muerte,
también llevas al borde del ala
la huella indeleble
que en esa funesta campaña
dejaron las balas traidoras!

Sombrero! Sombrero!
así como en el ánfora
de la virgen gentil de Samaria
mitigó de su sed los ardores
el dulce Rabino,
de mi sed aplacaste las ansias
bebiendo en tu copa.
Pero, ay! en esa agua que tú me ofrecías,
cuántas veces mis labios sintieron
el amargo sabor de sus lágrimas,
mientras en las linfas
que ansioso apuraba,
mi angustia veía
sus manos benditas,
como esa mañana de la despedida,
diciéndome adioses...!

Sombrero, mi viejo sombrero!
que un día tejieron sus manos
soñando en las dichas nupciales
al tímido albor de la luna,
ahora sólo eres
—al par de tu dueño—

un triste despojo
echado al olvido de un mísero cofre
que, como si fuera una tumba,
te oculta en su fondo sombrío,
cubierto del velo de mi novia muerta
y junto a su blanca corona de azahares.

Sólo tú de sus malos supiste
las suaves caricias;
sólo tú de su pecho sentiste
brotar el sollozo.

Si aún creo guardan tus pajas morenas
secretos de castos amores,
vehemencias de dichas truncadas,
anhelos de besos no dados,
calor de suspiros y lágrimas,
de aquellas que sólo derraman
los ojos que amaron,
de aquellas que sólo la pena y la muerte
arrancan del fondo del alma...!

Reliquia adorada, mi viejo sombrero:
ni el sol, ni la lluvia, ni el viento,
ni el polvo de nuevos caminos
te harán más moreno...!

EL POEMA DE LA MUERTE

LA MUERTE, esa noche,
batiendo sus alas de sombra,
repentinamente penetró a la casa
y segó de todas
la vida más buena,
la vida más dulce,
la vida más santa...
Temblaron de angustia las almas,
el llanto nubló las pupilas
y en todas las bocas dibujó la pena
su trágico rictus...

Un carabo errante,
lanzando su grito funéreo,
pasó por la casa...

Y, allá, a la distancia,
la voz de una triste campana
sollozó en las sombras:

La Muerte!...

La Muerte!...

Las pálidas llamas de los cuatro cirios
que junto a la caja mortuoria se alzaban,
pintaban reflejos de vida
en el marfilino rostro de la muerta
que, al verlo en su almohada de rosas,
—hermoso y tranquilo—
tenía,

no sé qué de dulce suavidad de ensueño,
no sé qué de santa claridad de Cielo...

Y ellos, sus hijos amados,

los tres huerfanitos,

muy juntos, muy juntos a ella,

besando sus manos que no acariciaban,

besando sus labios que ya no besaban,

con tiernas palabras de arrullo,

le hablaban, le hablaban, le hablaban...

La caja mortuoria tenía ese instante
no sé qué de cuna para el sueño eterno
de la madrecita...

Y, allá, a la distancia,
la voz de una triste campana
decía en las sombras:

La Muerte!...

La Muerte!...

Y las rosas blancas,
y las rosas rosas,
que en frescas guirnaldas cubrían
el cuerpo adorado,
eran esas rosas,
las mismas de aquellos rosales del huerto
que, en días pasados,
sus manos sembraron;
las mismas que todos los sábados
le daba a la Virgen María
rociadas de lágrimas!...

Las rosas ahora,

sintiéndola muerta,
se despotaban silenciosamente,
como si lloraran sobre los despojos
de su jardinera. . .

Y, allá, a la distancia,
la voz de una triste campana
plañía doliente en las sombras:

La Muerte! . . .

La Muerte! . . .

Y cuando en los ojos no había más lágrimas,
y cuando en las almas no había ya quejas,
entonces, fue la hora
del hondo silencio,
de ese hondo silencio
que habita en las criptas de los mausoleos,
de ese hondo silencio que guardan
las tumbas que nadie visita. . .

La Muerte, a su paso,
cubrió de crespones los seres y cosas. . .

Y, ante ella, las flores,
que tienen también su destino,

las flores que mueren
clavadas en cruces, coronas y ramos,
cerraron las mustias corolas...

Y se hizo el silencio a qué pase
la Muerte y su corte de desolaciones...

Y, allá, a la distancia,
la voz de una triste campana,
plañía en las sombras:

La Muerte!...

La Muerte!...

De pronto, en la calma sombría
que en toda la casa reinaba,
se oyó entre sollozos y quejas
la voz del dolor que clamaba:
"Mamacita mía!... Mamacita mía!...
No me dejes sola!..."

Llévame contigo, mamacita mía!...

Por qué no despiertas?...

Por qué no me escuchas?...

Soy yo, tu nenita querida,
mamacita mía!..."

El amargo llanto de la huerfanita
bañaba la frente y los ojos de la madre muerta.
Y al tenue fulgor de los cirios
los labios exangües tenían
dulzor de sonrisas y anhelo imposible de besos!..
Y, allá, a la distancia,
la voz de una triste campana
sollozó en las sombras:
La Muerte!..
La Muerte!..

MI ORACION DE NOCHE BUENA

CONMIGO va a cumplirse tu parábola santa,
la de los hijos pródigos que vuelven hacia tí;
extiéndeme tus brazos, enséñame el camino,
Señor, quiero ser bueno, tan bueno como fui.

Quando hacia tí conduzcas mis vacilantes pasos
y digas, como a Lázaro, ¡levanta! al corazón,
de las crueles espinas de todas mis angustias
resurgirán las flores de la consolución.

Por la divina gracia del Dolor que creaste
y que todos llevamos prendida a nuestra cruz,
Señor, deja que encienda mi lámpara apagada
Señor, dame la hermosa limosna de tu luz.

Mi vida ha sido un largo paréntesis de sombra,
desierto sin oasis, triste ruina sin flor;
no sabe del encanto que dan tus navidades,
ni sabe de las tiernas venturas del amor.

En vano esperé siempre; porque hace muchos años,
Señor, una lejána noche de Navidad,
enlutaste la cuna que mecióra mi madre,
cambiando sus arrullos en gritos de orfandad.

Desde entonces la Vida destrozó mis ensueños,
mató todas las rosas de mi jardín en flor;
y en el largo camino que he recorrido a solas
he libado en silencio la copa del Dolor.

Desde entonces la Muerte siguió mi aciaga ruta
y fue segando todas las vidas que adoré.
Mi hogar quedó desierto, desierta mi existencia
y a punto de apagarse la antorcha de la fé.

Si ahora va a cumplirse tu parábola santa,
si quieres que retorne por la senda del bien,
permíte que en el pobre pesebre de mi alma
fulgure compasiva la estrella de Belén!

EL POEMA DEL SILENCIO

Y A TODO ha quedado en silencio;
ya todas las voces que fueron:
rúmor de alegría,
dulzura de vida
y amor de esperanza,
Señor, han callado!
Y si alguien perturba la calma
sombria y extraña de la casa triste,
la voz que se escucha
tiene algo de queja, suspiro y sollozo,
tiene algo de tumba y plegaria...

Las voces del coro de niños,
que siempre se oían, risueñas y alegres,
como cascabeles de una Navidad,
hoy son tan dolientes, tan tristes,
como esas que saben decir las campanas
que doblan a muerto,
como esas que rompen la paz de los templos
en los días negros de los cementerios...
Ya todo ha quedado en silencio...
Ya todo ha callado!...

La Muerte!

Es la Muerte que ha días pasó por la casa,
trinchando ilusiones,
matando esperanzas,
agostando flores
y sembrando espinas
en todos los seres y en todas las cosas...
La Muerte pasó por la casa,
pasó con su corte de desolaciones...
Y todo ha quedado en silencio...
Y todo ha callado!

Desde ese fatídico día,
a la hora en que extiende la Noche sus alas de sombra,
los niños escuchan extraños rumores
y miran fantasmas que dejan
angustia infinita en los ojos
y frío letal en las almas.

En vano les dicen
que no es sino el viento que pasa,
que no es sino el trágico grito
que lanzan cruzando las sombras
los buhos errantes...

Con voz toda llena de tiernos reclamos
recemos, recemos—les dice a los niños
la hermanita grande,
la dulce hermanita
de los ojos tristes y las manos pálidas...
Y todos, al pie de sus lechos,
se postran de hinojos,
levantan al cielo los rostros bañados en llanto
y, en fervidas paces,

que saben tan sólo los niños,
a Dios y a la Virgen María
impetran, llorando,
que salven el alma del padre querido
y guarden la vida de la que es para ellos
el único amparo:
la madre adorada...

Y sólo esos breves momentos,
el hondo silencio de la casa triste
se cambia en rumor de plegarias
que Dios y la Virgen María
devuelven en suave rocío de lágrimas!...

POEMA DEL RETORNO

Y A VIENE...

Ya se oye a lo lejos
el largo alarido que lanza
jadeante la máquina;
y el blanco penacho de humo
que eleva hasta el cielo,
semeja un inmenso pañuelo
que, en suaves vaivenes,
dijera de dulces retornos,
de ausencias que al fin se terminan,
de abrazos, suspiros y besos

y viejos amores,
de aquellos que en tiempos lejanos
dejaron heridas que nunca se curan,
dejaron nostalgias que nunca se olvidan.

Ya viene...

Ya llega...

Con sordos chirridos de frenos y choques de carros,
cansada de cumbres y valles

detiene su marcha la locomotora.

La turba se agolpa sobre los andenes

y espera, con ansia infinita,

que asome el viajero,

aquel que hace tiempo partiera

a ignotas regiones,

dejando vacía la casa hogareña;

dejando dolor en las almas

y llanto en los ojos...

Ya viene...

Ya llega...

Radiante de dicha la amada que espera
al ser por quien tanto ha llorado,
a aquel que en sus noches de insomnio
siguióle los pasos por todas las sendas,
hacia él extendidos los brazos se acerca.
Los ojos se enturbian de lágrimas
y tiemblan los labios queriendo
decir mil ternezas;
mas ay! las palabras se quedan
adentro del alma escondidas...

Y sobre el bullicio que aturde
y entre ese vibrar de emociones
que enferman y abater,
se escuchan dos gritos de tierno reclamo,
dos gritos supremos que al fin interpretan
el hondo sentir del retorno:
Mi dueño!...
Mi vida!...
Los brazos estrechan los cuerpos...
Los labios se juntan con sed de ternuras...
Y ante ese minuto inefable

que solo es posible vivirlo,
el Tiempo detiene su marcha
y es Dios, sólo Dios, el que mira
la unión de esas almas...

Y Juego que todos se han ido,
que todo se ha hundido en silencio,
en tanto que el viento se lleva
en su ala cendales de nubes,
tan sólo han quedado en los ríes,
brillando a los rayos del sol en ocaso,
dos trémulas lágrimas...

MISA DE ALDEA

DOMINGO! . . . La campana de la aldea
llama al templo a las gentes campesinas;
y en torno de la torre que blanquea
cantan de amor las pardas golondrinas.

El viejo señor Cura, sonriente,
suspende la lectura del Breviario;
le habla de graves cosas al Teniente
y suspira mirando el campanario.

Después, viene la misa. Las doncellas
del ancho templo agólpanse a la entrada;
se oyen adentro místicas querellas. . .

Y cruzando los vidrios de colores,
sobre la muchedumbre arrodillada,
la lumbre matinal se trucea en flores. . .

EN EL PARAMO

ADORO la tristeza del páramo sombrío
que copia de mi pena la oscura inmensidad,
porque creo que el alma de lo que tiene frío
es el alma que tiene también mi soledad.

Me conmueve el mugido de los toros salvajes
que resuena en las quebradas con solemne clamor;
la tristeza infinita de los grandes paisajes
cuando se oculta el astro tras el último alcor.

Y cuando la neblina, con vaporosos tules,
envuelve las colinas y los cielos azules
en el hondo misterio de la tarde otoñal,

sicinto ansias de ser todo lo que es el infinito,
de lanzar a los cielos de mi ansiedad el grito
y morir con la tarde soñando en mi ideal...

EL VAQUERO

SOBRE el potrero criollo, que ha domado a su antojo,
salva quebradas y riscos con salvaje valor;
el furor de los bravos no intimida a su arrojo
que, en lid con su fiereza, fué siempre vencedor.

Traspone los confines de las grises llanuras
desafiando a la niebla, al sol y al vendaval,
y rinde con su lazo las soberbias bravuras
del toro que atraviesa mugiendo el pajonal.

Al reinar el misterio de la noche callada,
vigila con sus perros a la cerril manada
desde la pobre choza que es un nido de amor.

Y en la calma solemne de las cumbres bravías,
quizá evoca del Inca los venturosos días
cuando llora en las quejas del viejo rondador.

DESPUES DE LA FERIA

CON su triste alegría, tambaleante,
de la taberna, al fin, salió embriagado,
ya no pudo lucir ni la flamante
camisa que ese día había comprado.

Quedóse viendo, absorto y temeroso,
de los autos la rápida carrera,
sin comprender la fuerza que al coloso
impulsa por la blanca carretera.

Allá, lejos, de triste concertina
se oyó la melancólica tonada
en que solloza el alma campesina.

Pensó tal vez el indio en su destino,
en el bien de su choza abandonada...
y se perdió en las brumas del camino!

EL INDIO

DESPOJÓ de otros siglos que se esconde en la sombra
de su propia derrota, de su propio dolor;
harapo que, con miedo, de sí mismo se asombra...
A la noche de su alma le hace daño un fulgor...

La bruma del recuerdo, nostálgico y lejano,
que siempre habla a su espíritu del pasado avata,
es luz que aún alumbra vagamente lo arcano
del motivo que tiene para poder pensar...

En horas de alegría o en horas de quebranto,
si llora, es de su risa; si ríe, es de su llanto;
el pobre indio no sabe si reír o llorar. . .

 Sin saber dónde ni cuándo cesará su jornada,
dejando en cada piedra la huella ensangrentada,
el indio va como hoja que arrastra el huracán.

ROSA OLIVIA

MMURIO una tarde de otoño,
como se muere una flor,
mientras tristes las campanas
saludaban al Señor.

Yo no sé por qué las voces
de las campanas rurales
tuvieron en esa tarde
tañidos tan funerales.

—Campanero de la aldea
tú que sabes de esas cosas,
dime por qué tus campanas
plañeron tan dolorosas?

—Si acaso ignoráis la causa,
señor, yo voy a deciros
por qué mis campanas tienen
acentos como suspiros.

Y sabréis por qué en sus voces
hay quejidos de agonía
y por qué sus ecos lloran
en toda la serranía.

Es que en un día de otoño,
día trágico y sombrío,
murió, señor, la más linda
muchacha de este natio.

Rosa Olivia se llamaba;
quince años, no más, tenía,
y era hermosa y era buena
como la Virgen María.

Eran sus ojos azules
y rubia su cabellera;
tal un manojo de espigas
al sol de la primavera.

Claveles en flor, sus labios
no sé qué encanto tenían,
lo mismo en la hora de pena,
lo mismo si sonreían.

Todos aquí la quisimos,
todos por ella lloramos,
cuandó entre rosas y lirios
para siempre la enterramos...

Desde entonces las campanas,
cuando tocan a oración,
tienen acentos tan tristes
como una lamentación.

Explicarlo no podría:
—son éstas cosas arcanas—
Si será que Dios ha dado
también alma a las campanas...

Desde entonces cada tarde
es más brumosa y más fría,
y hay un temblor de sollozos
en toda la serranía.

Rosa Olivia se llamaba,
quince años, no más, tenía,
y era hermosa y era buena
como la Virgen María...

FLOR DE TRIGO

CHOZA, senda, luna, río
y el oro de los trigales...
Sobre la cruz del bohío
juega el humo en espirales.

Campos que dicen de amor
y canciones pastoriles,
donde entre riscos en flor
se apacientan los rodiles.



Segadora, segadora
que amances con el día,
dame, dulce segadora,
el trigo de tu alegría.

Dame el sol de primavera
que refulge en tu micar:
para tí, cómo quisiera
ser la espiga del trigal!



Las canciones de la trilla
levantan su dulce coro,
y el trigo aventado brilla
como una cascada de oro.

Segadora, ya la aurora
para tí adelanta el día:

dame, dulce segadora,
el trigo de tu alegría.

No ves cómo tras la loma,
tras la loma de la cruz,
la luna por verte asoma
dándote besos de luz?...

*
*
*

Eres la flor de las flores
que han brotado en el trigal:
¡entregale tus amores,
segadora, a tu zagal!

Allá, cerca de la era
tengo un nido sin calor:
ven, que allí mi amor te espera;
ven, que te espera mi amor.

*
*
*

Choza, senda, luna, río
y el oro de los frigales...
Sobre la cruz del bohío
se va el humo en espirales...

Índice

I N D I C E

	Página
CANCEL de Víctor Manuel Albornoz.....	5
Preludio de Remigio Romero y Cordero.....	11
ALBA OTOÑAL	
Alba otoñal.....	17
Es ella.....	21
Nombre tuyo.....	23
Nena.....	25
Luna crepuscular.....	31
Sol de invierno.....	33
Sobre las rutas cósmicas.....	35
Nocturno.....	37
Claro de luna.....	43
Misticismo de amor.....	45
Divagación sentimental.....	47
Ritornelo lánguido.....	49
Perdónale, Señor.....	51
Déjame solo, hermana.....	53
María.....	57
Noche de bodas.....	65

UMBRIAS DEL CAMINO

Madre fatalidad.....	71
Madrecita.....	75
Mi vieja criada.....	79
La niña de la casa vieja.....	83
Dolor, viejo dolor.....	89
En el templo.....	91
Filosofía.....	93
La tragedia de luz en el Santuario.....	95
Cenit.....	97
Anhelo final.....	99

ALMA ANDINA

Romanza del sombrero de toquilla.....	103
El poema de la muerte.....	111
Mi oración de Noche Buena.....	117
El poeta del silencio.....	121
El poeta del retorno.....	125
Misa de aldea.....	129
En el páramo.....	131
El vaquero.....	133
Después de la feria.....	135
El indio.....	137
Rosa Olivia.....	140
Flor de trigo.....	143

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA
en Cuenca, el 18 de Octubre de mil novecientos treinta y nueve
POR
MIGUEL MERCHAN A.